

bablemente el más notable de los discípulos de Rousseau.

*New York, 1876.*

## *EL SENADO ROMANO*

---

*Historia del Senado Romano.* Por D. JOSE FRANCISCO DIAZ.

Un volúmen, xliiii-359. Barcelona: 1867

---

### I

El autor de esta obra es un distinguido jurisconsulto, que, despues de haber ejercido por muchos años entre nosotros la profesion de abogado, descansa hoy de sus fatigas cultivando en el gabinete la hermosa ciencia, cuya práctica ha sido la cotidiana ocupacion de la mayor parte de su vida.

La obra es un trabajo de conciencia y de mérito, que, bajo el punto de vista del autor, agota completamente la materia, y revela en todas sus partes estudios constantes, detenidos y escrupulosos. Una historia del Senado de Roma, de la más ilustre y más imponente de todas las asambleas que han formado los hombres y dirigido las cosas de la tierra, es la historia de Roma; y la historia de la legislacion y la política

de ese gran pueblo ha de inspirar siempre, al filósofo y al jurisconsulto, un interés vivísimo y profundo. Comprendemos perfectamente que un abogado que haya empezado, (como á todos nos ha sucedido), sus estudios de jurisprudencia por el derecho romano, quiera concluir condensando en una obra última los estudios, que durante toda su carrera haya hecho para ampliar, con tesoros de erudición, lo que fué el primer objeto de su juvenil curiosidad.—Esto nos figuramos que ha sucedido al Sr. D. José Francisco Díaz; y por esto desde que por primera vez supimos que empezaba á circular entre nosotros la presente Historia del Senado Romano, buscamos un ejemplar que recorrimos con verdadero interés, interés tanto mayor cuanto que habia en él una parte no pequeña de satisfacción, al hallar esta ocasión (rara en nuestro país) de estudiar y juzgar una obra sólida y extensa, escrita por un cubano.

## II

Por desgracia, desde los primeros renglones de la Introducción, tuvimos por fuerza que reconocer que el autor y nosotros considerábamos la historia romana bajo un punto de vista enteramente diverso; y la divergencia era tan honda y fundamental, que nos habia de mantener separados durante todo el curso de la obra.

Saltamos por encima de un adjetivo de muy dudo-

sa exactitud que hallamos en el primer renglon,—el imperio *suave* fundado por Augusto, que realmente no sabemos qué quiera decir en boca de un historiador; —pero al comenzar el segundo párrafo y leer estas palabras del Sr. Díaz,—«*seguimos fielmente la versión heroica,..... y desechamos el sistema moderno,*»—no nos pudo quedar duda alguna de la inmensa distancia que separa el modo, como él comprende, y comprendemos nosotros, la historia en general, y la romana en particular.

La historia es un arte y una ciencia. Como arte acepta todas las formas y se amolda fácilmente al talento y cualidades del artista que lo cultiva; como ciencia, y ciencia muy moderna, tiene sus principios invariables, sus leyes perfectas y definidas, que no se pueden indiferentemente seguir ó desechar. La historia romana, en especial, ha recibido, desde el siglo pasado hasta nuestros días, la transformación más completa y más profunda; no hay para comprenderla un sistema antiguo y otro moderno, como no lo hay tampoco en ninguna ciencia exacta. Cuando se estudia la astronomía, por ejemplo, nadie está autorizado á seguir un sistema antiguo y desechar otro moderno; no hay semejante distinción; no existen en todo caso más que los errores de Tolomeo y las verdades de Copérnico. Lo mismo acontece en la historia romana; no hay diferencia de sistemas, no existen más que los errores

de Tito Livio y las verdades exageradas por Niebuhr y ya mejor fijadas por sus sucesores.

El caso nos pareció desde luégo tan curioso y tan extraño que, ántes de entrar en el fondo de la cuestion, es decir, ántes de empezar á transcribir las razones en virtud de las cuales se decide el autor á adoptar el temperamento que propone, y exponer las otras que en nuestro concepto debieron decidirlo á seguir un camino enteramente contrario, hemos querido darnos cuenta de las circunstancias especiales que primitivamente lo impulsaron por la senda señalada.

El Sr. Diaz (segun lo da á entender D. A. Bachiller y Morales, en un artículo de la *Revista de Jurisprudencia*) estudió el derecho romano hace unos treinta años, poco más ó ménos. La renovacion de la historia romana, que entrevió Vico y completó Niebuhr, no empezó á pasar á los libros franceses, y por tanto á los del mundo entero, hasta una época que sólo dista de la presente unos treinta años aproximadamente. Ortolan y Michelet fueron los primeros de esta última serie; y hoy, muy pocos años ántes de este momento en que escribimos, es cuando esa renovacion ha pasado á ser una verdad reconocida, elemental, é indispensable en los libros de texto, para todo profesor y todo alumno que, al estudiar la historia romana, quiera estudiar la realidad, y no la mentira. Cuando el Sr. Diaz cursaba el derecho romano, y muchos años despues, no habia

en nuestra Universidad y en nuestras academias más version de la época primitiva de Roma, de la historia de sus cinco primeros siglos, que la version heroica, esto es, la de Tito Livio; sobre ésta se fundan Heinecio y todos los escritores latinos, franceses ó españoles, anteriores á Ortolan. Cuando el Sr. Diaz, pues, sintió despertarse en su alma la aficion á la historia romana, cuando concibió por primera vez la idea de la obra que hoy ha publicado, cuando comenzó, en fin, sus estudios profundos de erudito para llevarla despues á cabo,—la renovacion de la historia romana no era aún un hecho universal, incuestionable, popular, por decirlo así. Hoy ya lo es sin duda alguna; lo es desde hace algunos años; y nos figuramos que cuando, ya muy adelantados sus estudios, consagró por primera vez detenidamente su atencion á este proceso, cuyas partes eran Tito Livio por la una y Niebuhr por la otra, pasaria su espíritu por una angustia verdaderamente crítica.

Debe ser un momento desconsolador y terrible para el hombre de estudio aquél en que ve irremediabilmente derrumbarse el edificio de sus creencias, á tanta costa muchas veces levantado; verdadera crisis que sacude violentemente el espíritu, y en la cual sucumben con frecuencia muchos espíritus nobles y sinceros. En algunos ese combate, que se dan en el alma el pasado y el porvenir, deja huellas indelebles, y cediendo

el campo á la innovacion triunfante, guardan por toda la vida profundas cicatrices.

Jouffroy, el más filósofo del grupo de escritores franceses pertenecientes á la escuela espiritualista y ecléctica, de que fué Cousin, más por su talento literario que por otra cosa, el sumo pontífice, nos ha dejado grabada, en una página sublime, la historia de la crisis honda y destructora por que pasó su espíritu ántes de consagrarse á la filosofía; la historia del momento, *la noche de Diciembre en que se desgarró por completo el velo de su propia incredulidad*. En aquella noche horrible (él lo ha dicho) tuvo que separarse de la majestad, la antigüedad, la autoridad de la religion que le habian enseñado, de toda su memoria, toda su imaginacion y toda su alma.

El caso del Sr. Diaz debió ser muy parecido. Debió llegar un momento en que vió todas sus impresiones juveniles, todos sus estudios, escrupulosamente comprobados en Tito Livio, en Polibio, en Dionisio de Halicarnaso, en Ciceron y en tantos otros, destruidos sin piedad por la crítica moderna. La diferencia estuvo en que el Sr. Diaz no se rindió: encontró en su espíritu suficiente resistencia para luchar contra los atrevidos innovadores, y se levantó de la crisis, más firme y más seguro en sus primitivas ideas.

No nos ha dado la historia de esa crisis, pero las razones que tan poderosamente fortificaron su espíritu

fueron probablemente las mismas que condensa hoy en su introduccion para justificar su partido; y vamos brevemente á analizarlas.

### III

La angustia moral que hemos supuesto en el autor ante los descubrimientos de Niebuhr y sus sucesores no es pura hipótesis de nuestra parte. Además de que, dadas las circunstancias, era verosímil su existencia, lo indica muy claramente desde el principio, al señalar como una de las razones que le asistieron para adoptar la tradicion romana, el que esas versiones, *fortaleciendo las lecciones entusiastas de la juventud, nos permiten conservar en las sienes de Rómulo la esplendente diadema de fundador de la Roma eterna con su consejo senatorial*. Se ve, pues, que el entusiasmo de la juventud, las primeras impresiones, el cariño vivísimo que siempre conservamos por todo lo que nos recuerda el tiempo venturoso de nuestra adolescencia, cuentan, segun confesion del mismo Sr. Diaz, entre las razones que lo guiaron en su trabajo. En nuestro concepto es ésta quizás la razon principal, y la única que, bajo el punto de vista del sentimiento, ya que no de la inteligencia, nos explica de un modo plausible la tenacidad desplegada por el autor, en mantener como verdadera una version evidentemente fabulosa.

Fuera de esto, ¿qué ventajas encuentra en la versión heroica, para admitirla ciegamente y desechar la otra sin apelación? — Que es *ménos trunca, ménos incoherente*; que *presenta una serie eslabonada y completa de los sucesos*, y que el no aceptarla equivale á fundarse en *suposiciones arbitrarias y extravíos congeturales*. — ¿Será esto cierto? ¿Acaso la historia romana, tal como corre de las fuentes llegadas hasta nosotros, presenta un carácter tan armónico y definido, que el apartarse de ellas sea entrar imprudentemente en el campo de las congeturas?

Es indudable que si todos los textos históricos que poseemos estuviesen de acuerdo en la narración de los sucesos, podría llamarse grande temeridad venirlos á desmentir con congeturas á veinte siglos de distancia. Pero no es así; y los mismos escritores romanos, cuya autoridad tanto se quiere estimar, dudan de esos orígenes y esos relatos, que el Sr. Diaz acepta como ciertos. Tito Livio (á quien en este punto únicamente nos referiremos por no ser prolijos, y porque es el primero y más importante de todos) declara que no sabe nada de cierto sobre la historia primitiva de Roma, y que los rarísimos monumentos que de esa época pudieron haberse conservado, fueron destruidos en el incendio de la ciudad, *incensa urbe pleraque interiit*. A cada instante tiene que confesar su ignorancia sobre multitud de sucesos, y reducirse á simples congeturas.

Veamos además cuál es la *serie eslabonada* de esos sucesos primitivos, y empecemos por la pregunta más sencilla: — ¿En qué año fué Roma fundada? — La opinión generalmente seguida es la de Varron, esto es, la que fija el año 753 A. C.; pero esta fecha no tiene ningun carácter de autenticidad; por el contrario, Caton, Polibio, Ciceron y Trogo Pompeyo sólo concuerdan con Varron en citar una fecha posterior, como la suya, á la primera Olimpiada de los griegos; por lo demás difieren todos entre sí. Timeo sostiene que Roma se fundó treinta y ocho años ántes de la primera Olimpiada, coincidiendo por tanto con la fundación de Cartago. Ennio, en fin, va más léjos y supone que tuvo lugar esa fundación novecientos años ántes de J. C. — Es fácil calcular á cuántos estudios, á cuántas dudas y á cuántas congeturas modernas no habrá dado lugar tan grande divergencia en los escritores latinos más autorizados. Y no es esto sólo; no hacemos más que principiar.

Una fecha es importante, y si es la fecha capital de donde las otras deben derivarse, más todavía; pero la divergencia persiste en todo y por todo. Escójase un suceso cualquiera, el establecimiento de los comicios por tribus, por ejemplo, que Michelet ha llamado el suceso quizás más importante de la historia de Roma. Pues bien, el que quiera conocer á fondo este punto histórico decisivo, y acuda á los escritores romanos,

encontrará que todos lo presentan de una manera completamente diferente; mas si en vez de esto, lo estudia en Mommsen, cuya obra es la última y más completa expresión de lo que sabe sobre Roma la crítica moderna, adquirirá la noción clara y verdaderamente histórica de ese acontecimiento.

No acabaríamos nunca si nos pusiésemos á extraer de Niebuhr las infinitas contradicciones ó errores que señala y corrige en los historiadores latinos. Tito Livio y Plutarco dicen que fueron bandoleros los primeros pobladores de Roma; y Dionisio de Halicarnaso por el contrario que eran gentes honradas las que se agruparon en torno de Rómulo. Sobre la guerra de Porsena, que es el suceso en que concuerdan mejor, hay sin embargo graves diferencias. Tácito, Plinio y Dionisio convienen en la rendición de la ciudad y aún en un tratado vergonzoso impuesto por Porsena; es sabido que Tito Livio afirma que el jefe etrusco levantó el sitio y se retiró lleno de admiración por la virtud romana.

Esta es la verdad sobre esa versión latina de su propia historia. Y no podía ménos de ser así. Antes de Catón el viejo, cuyos libros no conocemos, pero conocieron Tito Livio y los demás, no existió ningún historiador romano; y Catón tenía diez y siete años cuando se dió la batalla de Trasimeno, esto es, en 217 A. C.; más de quinientos años, por consiguiente, des-

pues de la fundación de Roma, aparece el primer escritor que trata de los orígenes romanos. ¿Qué verdad histórica podía esperarse, cuando es notorio que no existían documentos de ningún género, y que la transformación había sido tan grande, que nadie en Roma entendía ya la lengua de las rarísimas inscripciones que se conservaban, y no lograban distinguir si una estatua que había en el Foro era de Clelia ó de la hija de Valerio Publícola?

Los primeros historiadores romanos fueron griegos; escribieron de lejos y á modo de retóricos; lo adulteraron todo, añadiendo la falsedad de su ignorancia á la falsedad natural de las tradiciones, y el resultado es esa *versión heroica* á que alude el Sr. Díaz. Cuando vinieron después los escritores de talento y de espíritu crítico hasta cierto punto, como Polibio, se vieron obligados á echar á un lado los pocos historiadores primitivos calificándolos de *absurdos é inverosímiles*; ó declarándolos, como Cicerón, indignos de ser ya leídos, *sic scripta sunt ut ne legantur quidem*. Pero como nada auténtico existía en cambio para sustituirlos, recurrieron todos á las mismas tradiciones mentirosas, y las copiaron, advirtiendo su desconfianza como Tito Livio; ó burlándose decididamente, como Cicerón en muchos pasajes de sus obras.